

Antequera; la Ciudad Encantada, de la Serranía de Cuenca; la cumbre del pico de la Virgen de la Sierra, en Cabra, y en la sierra del Guadarrama, La Pedriza del Manzanares, el bosque de La Acebeda y el macizo de Peñalara.

Don Ramón Menéndez Pidal leyó a continuación este discurso:

La Academia Española, deseosa de conmemorar el sexto centenario de la primera edición del *Libro de Buen Amor* publicada por el Arcipreste de Hita en 1330, se dirigió a la Junta de Parques Nacionales, para que gestionase la declaración de monumento natural de interés nacional de este paso al pie de la Peña del Cuervo, poniendo en sus rocas alguna inscripción alusiva al viaje que por aquí hizo el Arcipreste.

La Junta de Parques Nacionales acogió y realizó esta petición, y aun extendió la iniciativa, pues formó el propósito de dar interés ideal a otros sitios naturales que pueden ser visitados por el turismo o el montañismo, y que encierran recuerdos de nuestros grandes artistas y científicos. Hará con esto buena obra, pues España está muy necesitada de cultivar su espiritualidad propia, que la anime y la guíe.

Ahora, en esta modesta excursión serrana que hacemos sustrayéndonos a los graves cuidados de la ciudad, conmemoramos el *Libro de Buen Amor*, atendiendo a su honda significación en el siglo XIV, siglo durante el cual la Edad Media, después de haber llegado a su cenit en la centuria anterior, empieza a desquiciarse sus ejes y a disolver sus esencias, para dar de lleno en el Renacimiento.

Dos Juanes representan contradictoriamente nuestro siglo XIV, y ambos publicaban sus obras en 1330: don Juan Manuel, rico hombre de la corte del gran monarca Alfonso XI; Juan Ruiz, súbdito del famoso prelado toledano don Gil de Albornoz. Don Juan hijo del infante Don Manuel y nieto de Fernando III el Santo, frente a Juan, hijo de cualquier Ruiz y nieto de un *quidam*. La contradicción está en que Juan Manuel, hombre de mundo, adoctrina todas sus obras en un austero pensamiento escolástico, eclesiástico y hasta ascético; mientras Juan Ruiz, hombre de Iglesia, se nutre vorazmente, se atraganta en mundanidad. Juan Manuel, vencedor en la memorable batalla del Salado, guerra también los apetitos de la naturaleza para encadenarlos a las leyes inmutables que rigen el Universo. Juan Ruiz, vencedor en la cómica batalla de Don Carnal contra Doña Cuaresma, no cree que la Naturaleza y Dios—que hizo la Naturaleza—pueden ser enemigos, y por eso se arrima gustoso al fuego de todos los impulsos naturales.

El *Libro de Buen Amor* representa una decidida vuelta a la Naturaleza, análoga a la que traerá los albores de la Edad Moderna. Dos siglos antes de Rabelais, el Renacimiento, con su endemonismo, con su espíritu de sátira, respira a pulmón lleno en el Arcipreste de Hita, cuando tan encantadoramente mezcla la

31 de Diciembre de 1930

—Envío del autor—

*Año viejo, año extraño
de 1930,
te vas para dicha mía
sin dejarme una alegría,
más bien alguna tristeza...*

*Año de mi torbellino
en que me vi vacilar
y en que mi alma fué veleta
de un viento que sopló el Mal...*

*Año de claudicaciones
que como vino se va...
año en que perdí mi vela
rota por el huracán!*

*Más al fin quiebra mi estrella
volver sobre mí a alumbrar
y en el año 31
que vuelva a sentir mi paz,
mi certidumbre de Vida,
mi gran ansia de Verdad.*

*Que el Año Nuevo me haga
más digno de mi ansiedad
y me acerque a los Umbrales
que tanto buscó mi afán.*

*En 1930
no pudo el alma volar,
pero en este Nuevo Año
¡cuánta luz nos va a alumbrar!*

Rogelio Sotela

31—XII—30.

devoción sincera medieval y los gritos de rebelión irreprimible.

En aquel su amor por la Naturaleza toda, recordamos ahora especialmente a Juan Ruiz como aficionado a esta Sierra.

Este puerto en que nos hallamos está en la ruta que el Arcipreste de Hita siguió una nevosa madrugada, al acabar los carnavales de 1329, viniendo de Segovia por Riofrío, y por la venta del Cornejo, para ir a celebrar la vigilia del Miércoles de Ceniza en Santa María del Vado, ermita desaparecida del vecino pueblo de Guadarrama. En este puerto encontró a Aldara, la pastora,

*fermosa, lozana
é bien colorada,*

la cual, en su choza de la Tablada, atizó lumbre para el aterido Arcipreste y le sirvió queso de cabras, con otros regalos del hambre y del cansancio:

*dióme pan de centeno,
tiznado, moreno,
é diom' vino malo,
agritillo é rato
é carne satada...*

HÁGASE DE ESTOS LIBROS:

José Ortega y Gasset: <i>La rebelión de las masas</i>	€ 6.50
Sherwood Anderson: <i>La risa negra. Novela</i>	3.50
Sören Kierkegaard: <i>El concepto de la angustia</i>	3.50
Juan Papini: <i>San Agustín</i>	3.50
Miguel Angel Asturias: <i>Leyendas de Guatemala</i>	3.50
Fray Luis de León: <i>Poesías</i>	2.50

Pídalos a la Adm. del Rep. Am.

Conmemoramos al Arcipreste excursionista de estos montes. Los puertos de Lozoya, de Malagosto y de Guadarrama le vieron pasar y alborotaron su retzona musa con cantigas que ocupan el primer lugar cronológico en la historia de las *serranillas*, y que, por su humor excéntrico y apartadizo, se destacan de todas las posteriores. Las Sociedades montañeras—estas loables, siempre beneméritas corporaciones, cuyo influjo en la salud material y moral de la juventud madrileña es tan manifiesto—tienen en Juan Ruiz el *genius loci* de estos bosques y de estos peñascales.

Quisiéramos que el recuerdo del insigne excursionista medieval acompañe alguna vez a nuestros alpinistas, al gozar el reparador cansancio de largas jornadas, al respirar la alegría de las cumbres, de la intemperie y de la rusticidad. Porque no hay hombre más comunicativo y amigable que Juan Ruiz: en compañía de él, la vida es grata. Y volviendo al paralelo de antes, don Juan Manuel no quiere que su libro, libro de pensamientos acendrados, ruede en copias, y con el rodar altere su texto: por eso lo deposita en el monasterio de Peñafiel, para que allí sea custodiado intacto. Juan Ruiz, al revés, invita a todos a que pasen de mano en mano, como pelota, su libro—libro ajuglarado y de burlas—, deseando que cada uno altere y ponga en él, con el pensamiento o la pluma, lo que en gana le venga:

Ande de mano en mano á quien quier quel pidiere.

Por eso, al tomar posesión de estas peñas a nombre del Arcipreste, hemos creído que el mejor homenaje que podríamos tributarle era no dejar que su *Libro de Buen Amor* continúe en la severa custodia de las bibliotecas, sino abandonarlo en esta soledad, para que todo caminante pueda, al descansar un momento en la cumbre, colaborar con el genial autor y recrear en su compañía las imágenes y los pensamientos que él creó antaño.

He aquí el sentido de esta conmemoración centenaria que hacen la Academia Española y la Junta de Parques Nacionales. Nuestro monumento es tan humilde como grandioso: su primera piedra fué colocada por el Creador, cuando en los días de los cataclismos geológicos trazó con su dedo este espinazo de las dos mesetas castellanas, las más viejas montañas de la Península. La última piedra es nada más que una solera, sobre la que dejaremos depositado el *Libro de Buen Amor*.

Después que el director de la Academia habló el director de Montes, Caza y Pesca, Sr. Gotor. Se adhirió al acto en nombre del Ministro de Fomento, cuya representación ostentaba, y D. Elías Tormo, Ministro de Instrucción, declaró inaugurado el monumento en nombre del Gobierno y haciendo de pasada doctas apreciaciones sobre la personalidad del Arcipreste.

Luego leyó Don Serafín Álvarez Quintero un romance, escrito en colaboración con su hermano, en el que se dice: